E ELUCIDARIO. Nº 7 (Marzo 2009). págs. 77 a 95
Seminario Bio-bibliográfico Manuel Caballero Venzalá

Ecos de Bailén. La Guerra de la Independencia en la obra del historiador ubetense Miguel Ruiz Prieto

ADELA TARIFA FERNÁNDEZ
Insituto de Estudios Giennenses
MARÍA ANTONIA BONACHERA VILAR
Universidad Carlos III de Madrid

RESUMEN

Se aborda en este trabajo el contexto histórico general y local de la Guerra de la Independencia, el impacto causado por la batalla de Bailén en España y en Jaén, las fuentes históricas utilizadas para su estudio, la importancia de las crónicas locales y la aportación realizada al respecto por la obra Historia de Úbeda, escrita a finales del siglo XIX por el historiador Miguel Ruiz Prieto.

ABSTRACT

This paper deals with the local and general historic context from Spanish Independence War, the impact caused by the battle of Bailén at Spain and Jaén, the historic sources used for its analysis, the importance of local chronicles and the contribution made to this issue by Historian Miguel Ruiz Prieto at his work «Historia de Úbeda» («History of Úbeda»).

«La *búsqueda del documento, las estimaciones cuantitativas sobre fuentes directas e incluso con formación de series, la prensa local, las actas de sesiones de los concejos, el manejo de los archivos notariales, etc, se posibilita y se precisa a nivel local, provincial y regional. Es como emplear el microscopio y afinar los útiles de trabajo. Ciertamente, cuando llegue la hora de construir la historia de toda la formación social, se obtendrá de ahí síntesis, o aquellos puntos de mayor significación, pero el rigor científico de la «gran historia» será mucho mayor*». M Tuñón de Lara[1]

INTRODUCCIÓN

El violento conflicto que, en el marco de las guerras napoleónicas, sacudió a la península Ibérica entre 1808 y 1814 ha sido uno de los temas más estudiados por los historiadores españoles. Esta guerra tuvo y sigue teniendo ciertos tintes románticos y se ha escrito mucho sobre ella, incidiendo en mitificaciones que daba una aureola de héroes a todos los españoles que se defendieron de la invasión francesa, aunque bastantes de de aquellos aguerridos soldados fueron simples bandoleros que salieron del la delincuencia para pasar a la gloria nacional[2].

[1] *Por qué la historia*, Aula Abierta Salvat, Barcelona, 1985.

[2] P. Vilar: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, 1982.

Hay demasiados tópicos, demasiados mitos, en torno a esta contienda: para algunos cronistas todos los «afrancesados», vencidos al fin, eran traidores a la patria, y todos los «fernandistas», patriotas indiscutibles. Pero en historia no todo es blanco o negro. Existe el gris. Acaso ahora, cuando Francia y España hemos firmado la paz y recreamos hace poco tiempo la batalla de Bailén sin hacernos daño, es el momento de mirar al pasado sin tanta ira, construyendo una historia menos grandilocuente y más matizada y científica, eliminando rancios tópicos sobre ella.

Bien conocido es que cuando se produjo la invasión napoleónica la rama de los Borbones que llevaba un siglo gobernando España pasaba por una profunda crisis, enfrentados el rey Carlos IV con su hijo el príncipe Fernando[3]. Y que Napoleón se benefició de esos acontecimientos y de los errores que cometió el primer ministro Godoy. Pero es preciso recordar que antes de las «abdicaciones de Bayona» la sociedad española no tenía la ideas tan claras sobre lo que convenía a la nación, que estaba dividida, enfrentada en las soluciones que había que dar a la presencia francesa, y con diferentes puntos de vista ante la figura del llamado «rey intruso», José I. El principar obstáculo para aceptarlo era que fue impuesto al margen de la voluntad de los gobernados. Aunque esto no era nuevo en la historia de España, sí era novedoso que su imposición se hizo por una fuerza militar y que este cambio dinástico estaba unido a los efectos de la revolución francesa y a conflictos exteriores antiguos, caso de los enfrentamientos franco- británicos (en esta guerra España fue el escenario en que de nuevo se pelearon los franceses y los ingleses).

Tampoco está claro para todos los investigadores actuales cuales fueron las causas reales por las que el pueblo español se jugó la vida, enfrentándose a Napoleón. Sí es evidente que ellos no sabían que su heroica gesta acabarían llamándose la guerra «de la Independencia», término acuñado más tarde pues todavía en 1810 algunos escritores como Flórez Estrada llaman a aquella lucha «revolución». En cualquier caso el verdadero protagonista de tal revolución fue «el pueblo»: nadie duda que los primeros motines empezaron el 2 de mayo en Madrid y que tienen una fuerte presencia de clases populares y subalternas, en contra de la pasividad y, en ciertos casos, el desagrado de los sectores sociales acomodados y de las autoridades políticas. Así lo expuso en un magnífico estudio C. del Moral, recogiendo las impresiones de Espronceda, nacido por cierto el 25 de marzo de 1808, quien en una larga composición publicada el 2 de mayo de 1840, echaba en cara su cobardía a «los de espíritu flaco y alta cuna» y encomiaba el noble esfuerzo de esa «plebe inquieta», esa supuesta *canalla* que «quebrantó las cadenas de la tierra». Pero también reconoció este escritor que la supuesta liberación, después «de tanta sangre y bárbaro quebranto, tuvo el desdichado colofón del ingrato Fernando VII: «El trono que erigió vuestra bravura, / sobre huesos de héroes cimentado, / un rey ingrato de memoria impura, / con eterno baldón dejó manchado»[4].

Quedan pues por desvelar ciertas incógnitas a propósito de este acontecimiento histórico. ¿Se levantaron las masas populares españolas para algo más defender la tradición religiosa y propiciar el retorno del absolutismo? Como expuso Cristina del Moral, «la respuesta no debe ser unívoca, porque las motivaciones fueron diversa e imprecisas, y parecen reflejar un largo malestar lentamente acumulado… el vacío de poder y los errores cometidos por los fran-

[3] J. Gómez de la Serna y Nadal, *Corona de Espinas. España, al borde del abismo: 1808-1814,* Madrid, 2007. Trabajos de gran interés para conocer la Guerra de la Independencia en M. Reder Gadow y E. Mendoza (Coordinadoras), *La Guerra de la Independencia en Málaga y su provincia (1808-1814),* Málaga, 2005.

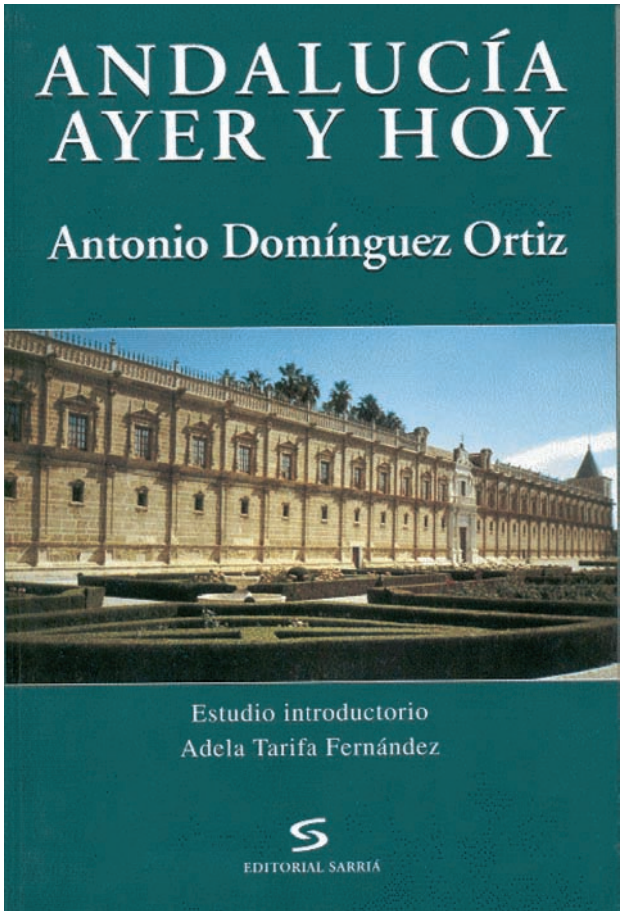
[4] Un magnífico trabajo sobre el tema en Cristina del Moral, *«Tópicos sobre la guerra de la independencia», en VV.AA. La guerra de la Independencia. 1808-1814. Historia y enseñanza,* Madrid, 2008, pp. 5 y ss.

ceses acabaron por consagrar la imagen de las masas populares como las principales protagonistas de lo que pasó en la nación en 1808…»[5]. Pero en esta guerra hubo patriotas muy diversos. Muchos de ellos eran ciudadanos normales, anónimos, de pueblos y ciudades casi perdidos en el mapa de Europa. De ellos se han ocupado con detalle los historiadores locales, y a ellos, a los héroes anónimos, y a sus biógrafos, los cronistas locales de antaño, les dedicamos este trabajo. Y a los héroes de Bailen, tierra tan nuestra y a la vez tan universal, por su lección de dignidad y generosidad.

Consideraciones sobre la importancia de la historia local

Se ha debatido ampliamente entre los historiadores sobre la importancia que tienen los estudios de historia local para conocer mejor la historia general. Hubo una época, afortunadamente pretérita, en la que los investigadores de esta ciencia daban escasa relevancia a los estudios locales, considerando que todo lo que era realmente importante se encontraba en los archivos históricos nacionales y provinciales, relegando a un segundo término la investigación en fondos documentales de archivos municipales. También se despreciaron las «crónicas» escritas por eruditos locales que carecían de estudios universitarios específicos.

En el momento presente estas tendencias parecen superadas. Importantes historiadores contemporáneos, caso de Domínguez Ortiz, contribuyeron a prestigiar los estudios locales. Pues en muchos casos son estas «historias domésticas», cercanas, las que completan las sombras que deja la «gran investigación» nacional o internacional. Eso explica que se hayan reeditado obras antiguas, escritas por «aficionados a la historia» de pueblos y ciudades de España. Unos aficionados que dedicaron gran parte de su vida a transcribir las fuentes ocultas, olvidadas, de los archivos



Libro del Historiador Antonio Domínguez Ortiz.
Reeditada en el año 2002

locales y que con su esfuerzo, altruista, facilitaron la labor de muchos investigadores actuales y preservaron para la posteridad documentos que hoy ya no existe, pues bien sabemos los graves atentados que ha padecido el patrimonio histórico artístico español a lo largo del tiempo. Precisamente fueron los años de la ocupación napoleónica especialmente nefastos para nuestro patrimonio, en todas sus vertientes. Por ello resultan de gran utilidad las informaciones que ofrecen los cronistas antiguos, aunque no siempre sean ortodoxas sus interpretaciones.

En este trabajo queremos rendir otro tributo de admiración y respeto a los cronistas locales del ayer y romper una lanza a favor de la «microhistoria», la que ubica la lupa de la investigación histórica en el plano cercano. Queremos dejar claro que hay que potenciar los estudios

[5] Ibidem, p. 7.

de historia local y no confundirlos con «localistas», pues, como expuso J. Antonio Lacomba en uno de sus interesantes trabajos sobre el tema, la historia local es aquella que, «en su análisis, inserta la problemática local en el proceso histórico general en cuyo seno se despliega y en el que adquiere su pleno sentido», mientras que la historia localista queda a medio camino de la ciencia histórica pues ignora el telón de fondo de lo que estudia y considera que los sucesos locales son principio y fin en si mismos, «como si más allá de ellos no existiera un proceso histórico general del que forman parte»[6]. Por el contrario la Historia local es imprescindible para completar la compleja realidad de la historia de España y constituye un soporte vital para construir la Historia general de la humanidad. Así considerada, la Historia local forma parte de lo que el profesor Aróstegui llamó «historias territoriales», que pueden tener diversas vertientes, aportando información sobre infinidad de temas, desde la actividad social a temas de política local, economía, formas de vida, tradiciones y mentalidad colectiva[7].

Sin embargo no resulta fácil caracterizar con precisión la corriente historiográfica dedicada a la Historia local: para unos puede referirse estrictamente a temas municipales mientras que otros consideran historia local la referida a espacios más amplios, comarcales, provinciales, etc. Todas ellas sería historia locales pues lo que las identifica es el límite espacial establecido dado que no hay limitaciones temáticas de otra índole (existe investigación local de temas políticos, geográficas, económica, sociológica y antropológica, o de todo ello conjuntamente). Lo local es pues sencillamente *el ámbito espacial* de estudio que cada cual se fija. El territorio a estudiar. En este sentido «territorial», se pueden distinguir, básicamente, tres niveles de análisis histórico: local, regional y nacional, sin que esta división implique necesariamente crear compartimentos cerrados, pues los tres ámbitos suelen estar interrelacionados cuando construye una buena historia local. Es más, conviene tener presente la proyección mundial. Así lo aconsejaba un informe de la Real Academia de la Historia. Donde se precisaba que «la vía de futuro más razonable» es la inserción de los diferentes niveles históricos», y que «Es preciso armonizar las perspectivas mundial, nacional, regional y local»[8].

Sea cual el punto de vista fijado, según Lacomba la Historia local ofrece al menos estos rasgos generales: Se centra en la realidad de grupos sociales que suelen ser ignorados, o al menos minimizados, en los estudios generales; suele ser de utilidad para ratificar hechos comunes de diversos lugares, o para marcar matices diferenciales o excepciones locales en los mismos y debe ser un paso previo necesario para alcanzar las síntesis más amplias[9]. En suma, cabe afirmar que la Historia local es necesaria para la Historia más «general», pues apoya sus planteamientos. Es útil porque se aleja de las generalizaciones, poco convenientes en cualquier ciencia humana, y es conveniente porque constituye la constatación, a pequeña escala, de que la realidad esta compuesta de infinidad de matices. Esos matices son los múltiples «micra» con los que se forma la gran historia. Por ello, al adentrarnos en las historia locales contribuimos a entender mejor la escala macrohistórica. En suma, esta microhistoria es un excelente medio para conocer conductas, modos de vida sociales y formas de ser y de actuar de una colectividad, detalles importantes que quedan diluidos en la historia general y que, por ello, la empobrecen. Otros perfiles que también recoge la historia local y que escapan de la historia general se refieren, por ejemplo, a los distintos ritmos del llamado «tiempo histórico», bien diferente según los modelos culturales que analicemos. Por ejemplo, en el mundo urbano el tiempo se acelera y en el campo se ralentiza, como explicó Braudel en sus investigaciones

[6] J. A. Lacomba, «Sobre historia local y microhistoria. Una aproximación», en *Isla de Arriarán, VI, 1995, pp. 129-136.*

[7] J. Arostegui, *La investigación histórica: teoría y método,* Barcelona, 1995, pp. 320 y ss.

[8] *El País Digital,* 28 junio 2000

[9] J. A. Lacomba, «En torno a la historia local. Unas consideraciones», *en Cantillana, cuadernos de Historia Local,* nº 3, 1997, pp. 11 y ss.

sobre este asunto, y explica que hasta la época actual existieran tan grandes desfases entre el campo y la ciudad, detalles que la historia local pone de manifiesto con precisión cuando se centra en analizar las formas de vida tradicionales, tan lentas en sus cambios dentro del marco rural frente a las tendencias modernizadoras del el mundo urbano. Son estos detalles los que rescata la llamada «microhistoria», concepto que J. Fontana llamó con escaso entusiasmo «una forma peculiar de historia narrativa»[10] mientras que otros historiadores, caso H Kamen,[11] la valoran mucho, declarando que «Es esencial estudiar lo menor, lo local y lo regional: sin tales individualidades sería imposible producir un cuadro mayor». Tesis que tiene otro gran defensor en de G. Duby, quien eleva a rango superior a la microhistoria pues es la historia del detalle, la del tiempo breve, la del individuo; la única que analiza la «reacción del medio colectivo a la acción del individuo; la reacción del individuo a las presiones exteriores». Doctores tienen la Iglesia, pero no parecen ponerse de acuerdo[12], y eso alimenta el debate todavía, complicando el debate historiográfico. Acaso porque no hay una concepción clara sobre lo que es la microhistoria. Ni sobre lo que se considera historia local.

Respecto a España, la historiografía local goza hoy de bastante auge, aunque, como ya advertimos, no siempre fueron bien recibidos en el Olimpo de la ciencia histórica los llamados «historiadores locales». Pese a todo hay que reconocer que existen excelentes historias locales, sobre todo desde el siglo XVIII, superadas la «hagiografías locales» antiguas. Como dijo Forner, desde el siglo de la Ilustración se aprecia cierta «desespañolización» y crece el interés por lo local, afirmando que en esta centuria «apenas se hallará provincia, ciudad o pueblo notable que no posea historia particular de sus orígenes, establecimientos y casos sucedidos en ella; y esta inclinación ha causado la fatalidad de que hoy nos sean más conocidos los tiempos remotos que los inmediatos»[13].

En el siglo XIX, que es considerado «el siglo de la Historia», cuando esta ciencia se separa al fin de la literatura y se consolida como disciplina académica, apoyada en las llamadas «disciplinas auxiliares» (Paleografía, Geografía, Epigrafía, Numismática, etc.). Surge ahora la historia cargada conciencia nacional y la de matices románticos. Se incrementan las historias locales y se confunden con leyendas remotas hasta el extremo que en 1899, al cerrarse el siglo, R. Altamira señalaba las dificultades para redactar una historia de España[14], aduciendo, entre otras muchas razones, como ya señalaba Forner, el hecho de estar «llenas las fuentes antiguas –y las modernas– de leyendas que han trascendido el conocimiento vulgar». En este escenario historiográfico tan denso se ubica la *Historia de Úbeda* de Miguel Ruiz Prieto, escritor ubetense fallecido a finales del XIX, quien redactó acaso una de las mejores historia de su época, basada en fuentes directas del archivo histórico municipal de su ciudad, fondos que él catalogó por vez primera, convertido en archivero sin sueldo hasta su muerte. Antes de referirnos a la vida y obra de este cronista local, y recoger lo que cuenta sobre el impacto de la Guerra de la Independencia en las tierras de Jaén, realizamos una somera aproximación al desarrollo que tuvo la historia local en la Andalucía del siglo XIX.

En el XIX hubo en Andalucía un amplio desarrollo de la Historia local, la mayoría de ellas conservando los usos de crónicas anteriores, con escasos planteamientos críticos pero buscando combinar erudición, ilustración y romanticismo[15]. En este siglo la mayoría de estas Historias

[10] J. Fontana, *La historia después de la historia,* Barcelona, 1992, pp. 20 y ss.

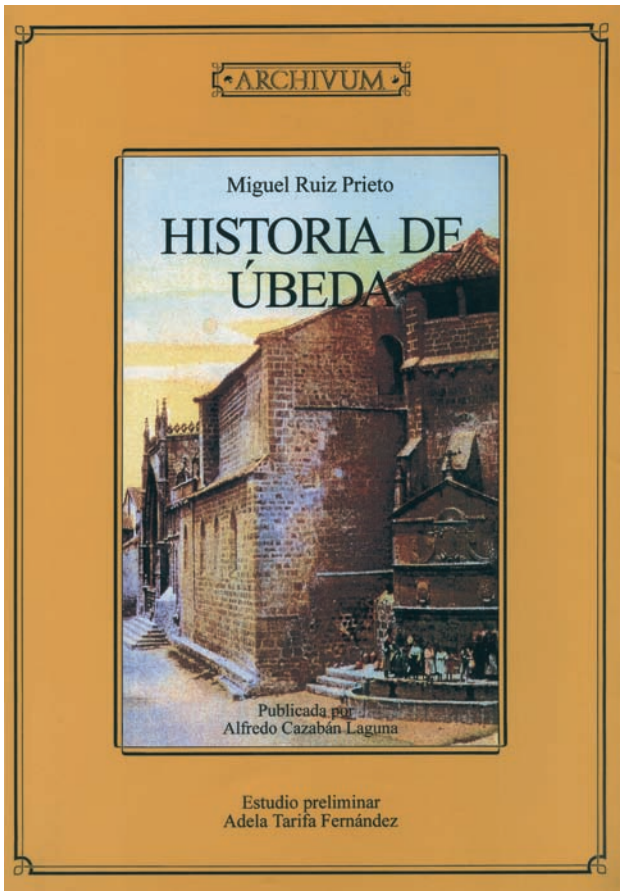
[11] Cit, en Lacomba, «En torno a los estudios de historia regional», en *Estudios de Historia Regional,* pp. 67 y ss.

[12] Para G. Levi no existe una «ortodoxia microhistórica». Según él se trata de hacer una historia con «reducción de la escala».

[13] En J.A. Lacomba, «Las etapas de la reconstrucción historiográfica de la historia de Andalucía. Una aproximación, en *Revista de estudios regionales,* nº 56, 2000. ss.

[14] R. Altamira, *Historia de España y de las civilizaciones,* Barcelona, 1915; También en J.P. Forner. *Discurso sobre el método de escribir y mejorar la historia de España.,* Barcelona 1973,pp. 109 y ss.

[15] Remitimos a la Voz «Historiografía andaluza», *Gran Enciclopedia de Andalucía,* vol. 5. Sevilla. Promociones Cul-



locales se plantean, según Lacomba, tres objetivos: servir a la patria local, «popularizando las memorias de su pasado»; analizar de qué manera los elementos de la Historia local cooperan «a la cultura y prosperidad española» y procurar distinguir «los acontecimientos plenamente probados de los que se fundan en conjeturas o se desprenden de hipótesis». En general se va notando que estos relatos locales mejoran con el pasos de los años y, junto al arraigo de lo tradicional, se aprecia en la Andalucía del XIX las primeras visiones modernas de la Historia local inserta en la Historia general. Es claro que se está apuntando a una Historia más compleja, comprensiva y «globalizadora» cuando finaliza esta centuria, que es la época de miguel Ruiz Prieto, en los albores del siglo XX[16]. Aunque faltan muchos años para que la historia local adquiriera el mismo rango científico que la general: habrá que esperar a la segunda década de los cincuenta para encontrar historias locales del nivel de las que dedicó Antonio Domínguez Ortiz a Sevilla, su ciudad natal[17] y hasta el último tercio de esta centuria no se apreciará con nitidez el impulso decisivo de la historiografía local andaluza, pudiendo afirmarse sin duda que en estas fechas los grandes historiadores habían vuelto sus ojos hacia los estudios locales para documentarse: por, al calor del nuevo Estado de las autonomías, también se impulsaba la Historia regional, saltando a veces «contra natura» por encima de la general. Los bandazos exagerados nunca son buenos, y en eso andamos. Pero no echemos de ello la culpa a los bienintencionados historiadores locales de antaño, caso del que nos ocupa: el ubetense Miguel Ruiz Prieto.

Miguel Ruiz Prieto: un cronista ubetense hijo de su tiempo (1831-1899)

El 18 de diciembre de 1831, el año en que murieron Walter Scott y Goethe, el año en que fue fusilado, sin formación de causa el general liberal José María Torrijos, que había participado intensamente en la guerra de la Independencia, nació en Úbeda un niño llamado Miguel Ruiz Prieto. Sus padres eran de clase humilde, campesinos que labraban tierras localizadas en el lugar llamado «El Campillo». El niño fue bautizado el día siguiente de su nacimiento en la parroquia de San Nicolás, muy cercana al domicilio familiar. Nadie podía imaginar entonces que aquella casa acabaría señalada con una placa, conservada aún, que recuerda el lugar en que nació y murió quien acabaría siendo un importante historiador local, al que sus paisanos llamaban respetuosamente «Don Miguel». El recién nacido recibió las aguas bautismales de mano de cura Francisco Mª Herrera, quien le impuso estos nombres: Miguel

turales Andaluzas. 1984, p. 1954, para nombres significativos de historiadores locales andaluces del siglo XVIII.

[16] Lacomba, «Las etapas de la reconstrucción…», Op, cit.

[17] También en historia regional resulta obligada la consulta de sus obras, caso de *Andalucía ayer y hoy,* Málaga, 2003 (Estudio introductorio de A. Tarifa)

María Nicolás de Jesús. Los padrinos fueron los abuelos paternos[18].

En ese barrio de San Nicolás, rodeado del cariño de sus padres y de sus cuatro hermanos, creció nuestro personaje. Su infancia y primera juventud transcurren durante las Regencias de María Cristina y Espartero, y en los comienzos del reinado de Isabel II[19]. Aunque Miguel debía ser un niño curioso, observador e inteligente, la clase social de la familia no hace pensar que recibiera una formación escolar demasiado buena: asistiría a las escuelas públicas de entonces, sin prepararlo para estudios superiores. Cierto es, como revela el historiador Juan Pasquau Guerrero, que por entonces había en Úbeda muy buenos maestros, destacando entre ellos la figura de Don Felipe Santiago Morenilla «que desde 1842 (en que por oposición obtuvo la plaza de maestro en Úbeda) venía desempeñando su magisterio con celo e inteligencia»[20]; pero no tenemos constancia de que Ruiz Prieto fuera alumno de este gran maestro, ni podemos descartarlo.

Poco se sabe sobre la infancia y adolescencia de Miguel Ruiz Prieto, hasta que llegó la hora de servir a la Patria, en 1935. Este, cuando en Dinamarca Andersen Publica su libro *Cuentos para niños,* finaliza definitivamente la infancia de nuestro personaje. En Madrid se habla aún de la terrible epidemia de cólera del año anterior, que desató una ola de anticlericalismo, porque hubo quien achacó a los frailes su propagación[21], cuando el recluta Miguel Ruiz Prieto salió de su ciudad por vez primera para hacer el Servicio militar. Él no podía imaginarlo, pero este viaje al norte de España cambió su vida por completo dado que terminó orientando su carrera profesional por los caminos del ejército, en una época en la que los militares tuvieron mucho peso en la vida política española[22]. El 1 de enero de ese año el general Espartero, muerto Zumalacarregui, obligó a los carlistas a levantar el sitio de Bilbao, poco después de que la prensa diera a conocer la noticia de que el rey de Francia, Luis Felipe, había sufrido un atentado. El monarca salió ileso pero hubo dieciocho muertos. Antes de final de año el liberal Mendizabal está al frente del gobierno español, acelerando su política desamortizadora.

Eran tiempos de gran agitación política los que tuvo que conocer el joven recluta ubetense cuando sale de su pueblo: si analizamos la situación de España en aquellos años hemos de destacar las tensiones políticas y las convulsiones y divisiones internas que existían. Era un país dividido entre conservadores y liberales y marcado por las guerras carlistas, los pronunciamientos militares, las contiendas en África y las revueltas de obreros y campesinos. Ese fue el telón de fondo en el que nuestro personaje comenzó su carrera militar[23]. Una carrera que acaso no era vocacional, pero sería la única opción que encontró para no volver a la pobreza de un simple campesino en Úbeda, como lo era su padre. Él, como tantos jóvenes de entonces, hicieron de la vida militar en oficio menos duro que otros. Aunque, en el caso que nos ocupa, la personalidad de Ruiz Prieto no parece muy apropiada con la actividad militar, pues siempre disfrutó más del silencio y la soledad que del ruido, y prefería la paz a la guerra. Pese a ello este joven cumplió muy bien con sus deberes militares, como se demuestra en el rápido ascenso y en las distinciones que recibió a lo largo de su dilatada carrera. Cabe además señalar que Ruiz Prieto, como la mayoría de los militares profesionales de entonces, pertenecía a la llamada «clase de tropa». Es decir, sin estudios en academia, y tuvo que demostrar muchas veces su valía para ascender. En lo referido a ideología política Ruiz Prieto era un hombre liberal.

---

[18] Archivo parroquial de San Nicolás, Libro de bautismo nº 18 (1827-34), fls. 172-173.

[19] Una visión general de la época en A. Tarifa, A. Machado y otros, *Historia de España,* Madrid, 2003, pp. 133 y ss. También, J. Fontana, *Historia de España, La época del liberalismo,* T. VI, Barcelona, 2007.

[20] J. Pasquau, *Biografía de Úbeda,* Úbeda, 1982, pp. 473-74. Este historiador ubetense, Juan Pasquau (1918-78) Constituye un nuevo ejemplo de buena historia local.

[21] *Crónica de la humanidad, de diario 16,* Madrid, 1991, pp. 728 y ss.

[22] L. Díaz del Corral, *El liberalismo doctrinario,* Madrid, 1956.

[23] P. Vilar: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España,* Barcelona, 1982.

Su expediente profesional permite conocer los sucesivos pronunciamientos en que participó, en el lado liberal, lo que le facilita el ascenso en el escalafón. También tuvo parte activa en las guerras carlistas y en África: en Cataluña, ascendió a Cabo por 1ª elección y luego, en octubre de 1853, a Sargento. La Vicalvarada de 1854 le valió otro ascenso, al grado de Sargento 1ª. Como buen liberal, simpatizó con dicho pronunciamiento. Así se explica que, en alusión a su historia de Úbeda, sólo habla de «un pequeño alboroto» al hablar de la citada revolución[24].

Por entonces, mediado el XIX, la ciudad de Úbeda se debate entre el peso de la tradición y la necesidad de reformas[25]; se aprecian algunos rasgos de revitalización urbana tras la larga crisis en la que esta ciudad se sumió desde finales del siglo del Renacimiento, pero en lo fundamental Úbeda sigue anclada en el pasado en muchos aspectos, caso de las pésimas condiciones en las que estaban los caminos de acceso a esta ciudad, tema claramente expuesto en la gran obra de Pascual Madoz[26]. Pero algo se notaba el efecto de la desamortización; Ruiz Prieto dice en su historia que la agricultura progresó, la población creció y la ciudad se embelleció con mejoras de plazas y más condiciones higiénicas. Pero eran avances leves, en ese tiempo histórico lento, rural, al que aludió Braudel. Pero volvamos a la vida de nuestro personaje, que intensifica su actividad militar desde 1855.

En el año 1855, entre grandes tensiones sociales, se editan varios periódicos en la capital de España de clara tendencia proletaria, caso de *El eco de la clase obrera,* dirigido por Ramón Simó Badía; la Segunda Revolución industrial está en marcha: Bessemer abarata el acero con su inventos, y Madoz realiza otra gran desamortización de bienes, sobre todo de la Iglesia, para cubrir el déficit presupuestario[27]. E1 de julio de ese año sale Ruiz Prieto a operaciones militares, hallándose el 5 de septiembre en la Sierra Bluna (Barcelona) a las órdenes del Teniente Coronel D.Gregorio Novella. Las acciones que allí realizó le son recompensadas con la concesión de la Cruz Sencilla de M.Y.L., manteniéndose en esa operación militar hasta fanales de año[28]. Poco tiempo después, en el Rif, el azar hizo coincidir en Marruecos a Ruiz Prieto y a Pedro Antonio Alarcón.

En los meses de julio y agosto de 1856, poco antes de que O Donell restablezca la constitución de 1845, Ruiz Prieto se halla, en la acción de la Loma de Mezquita a las órdenes del Teniente Coronel D. Isidro Chinequi. En el año 1859, cuando el poeta Becquer publicó su primera Rima, nuestro personaje participa de lleno en la Guerra de África y fue herido gravemente en una rodilla, por lo que logra más condecoraciones y es ascendido a Subteniente de Infantería. La obligada convalecencia le permitió al fin volver a Úbeda. En su ciudad es recibido con grandes muestra de admiración y cariño por paisanos y familiares, mientras se recupera de sus heridas[29]. En el año siguiente ya ha vuelto a su Batallón. En septiembre fue nombrado Abanderado, pero el esfuerzo que realiza hace que se resienta de su reciente herida. Le conceden nueva licencia para restablecerse en Úbeda, donde estuvo algunos meses de 1861, volviendo a su puesto en noviembre de ese año. Poco tiempo después participa en nuevos episodios bélicos, y en revueltas liberales[30], especialmente en la que aca-

[24] Para una visión general: C. Marichal, *La revolución liberal y los partidos políticos en España.* 1834-44, Madrid 1980.

[25] A. Tarifa Fernández, *Breve historia de Úbeda,* Málaga, 2004.

[26] P. Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico de España,* Madrid, 1845-50.

[27] *Crónica de la humanidad,* Op. cit, pp, 770-771.

[28] Esta Cruz la creó Fernando VII en 1829 para premiar con ella a un ilustre cirujano militar llamado Carlos Luis Benot. En M. Ruiz Prieto, Estudio introductoria de A. Tarifa, Op. cit., p. 54.

[29] Una visión general sobre la vida del personaje en: A. Tarifa Fernández, «Entre la ilustración y el Liberalismo. Úbeda en la obra del historiador Miguel Ruiz Prieto y la hemeroteca local», (en, col. Con M. Bonachera), *Elucidario,* IEG, nº 1, Jaén, 2006, pp. 289-319.

[30] Por estas fechas España mejoró algo. A ello alude el historiador R. Carr como la «Sociedad de la opulencia», el R. Carr, *España 1808- 1978,* pp.260-72.

bó derrocando a Isabel II,[31] mientras un nuevo ascenso se añade a su hoja de servicios, y vuelve a su ciudad con un permiso por «asuntos propios», en 1869. Su regreso al pueblo como un triunfador hemos de imaginarla: se le acoge en foros intelectuales pese a sus humildes orígenes, mientras los intelectuales liberales más notables de entonces ocupan el ayuntamiento al grito de «Arriba la libertad y abajo lo existente». Son personajes brillantes de entonces Francisco García Pretel, Eugenio Madrid[32], y Juan de Dios Molina, quien acabaría manteniendo estrechos lazos de amistad con Ruiz Prieto, al igual que sucedió con el insigne médico Balbino Quesada, quien le atendió en su última enfermedad[33].

En la década de los setenta llega un nuevo rey, Amadeo I, que desiste pronto de gobernar a aquellos españoles, y se proclama una república, difunta apenas nacida por ensayar precipitados federalismos[34]. Con el general Pavía, y sus gesto simbólico en las cortes Constituyentes, se daba paso a La Restauración que devolvió el trono a los Borbones. Canovas y Sagasta estaban ahora al frente, mientras viejos románticos revolucionarios como Pedro Antonio de Alarcón se hacían conservadores[35] . Sin embargo Miguel Ruiz Prieto sigue fiel a sus ideas liberales.

Los avatares de la vida política le sirvieron para mejorar su brillante hoja servicios: en noviembre de 1874 Ruiz Prieto, participando en las guerras carlistas, fue destinado al Tercer Cuerpo del ejército del norte, que se hallaba en el distrito de Burgos, a las órdenes del Excmo. Sr. General D. Juan Villegas, siendo nombrado Ayudante en su Batallón. Por orden de 4 de mayo, se le impuso la Cruz Sencilla de San Hermenegildo[36]. El 27 de julio de 1875 estaba en la acción del Monte Caladilla y el 10 y 11 de agosto en la de Villaverde, Sierra Escrita, donde asistió a la toma de Orduña. El 13 de noviembre, fue agregado al Segundo Cuerpo del Ejército, a las órdenes del Excmo. Sr. General D. José Echevarría. Poco después fue honrado con la Cruz Roja de 1ª clase de Mérito Militar. Recibe otras distinciones, como la Medalla de S. M. el Rey Don Alfonso XII, siendo declarado «Benemérito de la Patria», en julio de 1876. De ese mes es su ascenso a Comandante de Infantería, pasando tras ello a la situación de reemplazo, en Úbeda. Su larga carrera militar entra ya en la recta final cuando nuestro personaje ha cumplido 47 años. Es tiempo de buscar algo de paz interior, cuando triunfan en Francia Renoir, Manet y otros artistas impresionistas. Cuando los krausistas fundan en España la institución libre de enseñanza, cuando Bakunin defiende su pensamiento anarquista, cuando un americano llamado Graham Bell acaba de inventar el teléfono y el pretendiente carlista al trono de de España, Carlos VII, busca refugio en Francia[37]. Y así entramos en la Restauración, años del «turnismo pacífico Canovas- Sagasta», de éxitos contra el carlismo, de cierta paz social. Por estas fechas en Úbeda la población aumenta hasta los 4.500, vecinos. Hay una activa vida cultural, reflejada en la prensa de conservadores, liberales o los federalista republicanos: en 1875 sale *El Trovador de la Loma* dirigido por uno de los mejores periodistas de entonces, Luis Garrido Latorre. Ruiz Prieto apreciaba a este gran periodista

[31] L. Ulloa, M. Cisneros y otros, La Casa de Borbón, T. V de la *Historia de España* dirigida por L. Pericot, Barcelona, 1973, pp. 308-11.

[32] Eugenio Madrid Ruiz, *Líneas rimadas,* Sevilla1912, ed. Facsímil, 2005 (ed. Limitada, realizada por la familia del autor). Agradecemos a nuestra amiga Ana Moya (q.e.p.d.) el regalo de este preciado libro.

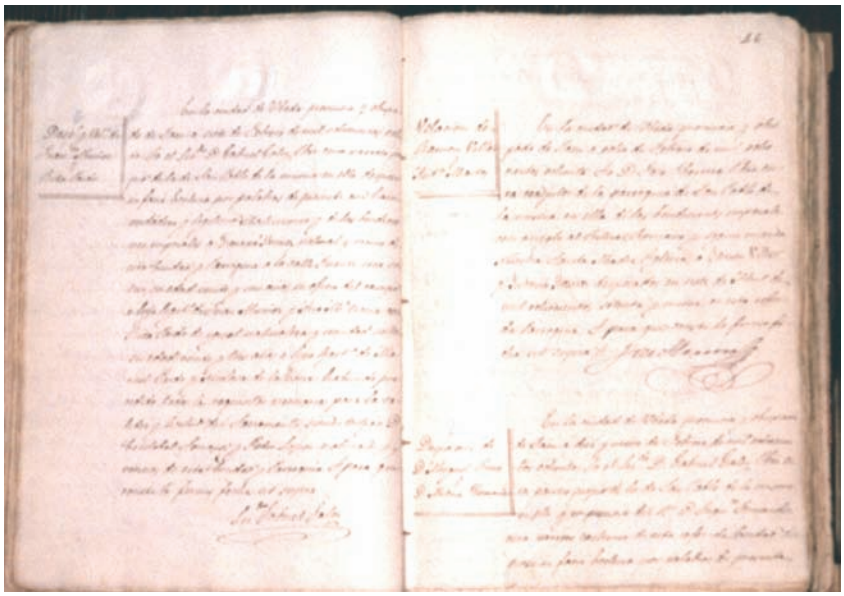
[33] Hemos realizado las biografías de estos personajes para el *DBE (RAH),* en prensa.

[34] Ruiz Prieto presto juramento a Amadeo en febrero de 1871, pasando a Málaga, y, luego en abril, al Batallón de Baeza nº 76. El 10 de septiembre por orden del Gobierno de la República, emprendió la marcha con el Cuadro de su Batallón para Jaén, con el fin de ayudar al de Reserva de aquella capital. En 1874, fue baja en este batallón con destino a la Reserva de Lucena nº 78 con ascenso a Capitán.

[35] Muy interesante es la obra de L. Martinez Kleiser, *Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida,* Madrid, 1943.

[36] Por las operaciones de los días 10, y 11 de enero de 1875, que culminan con la toma de Balmaseda, fue recompensada con el grado de Comandante de Infantería. Después participó en operaciones para el levantamiento del sitio de Pamplona, Villasana de Mena, defensa del Fuerte del Mercadillo, del Pendón y Cueto, por cuyos hechos recibió el agradecimiento del Rey.

[37] *Crónica de la humanidad,* op. cit, pp. 814 y ss.



Libro de Matrimonios del Archivo parroquial de San Pablo de Úbeda (Jaén) 1880

y compartió con él, ya en Úbeda, sucesos notables que por entonces acontecían en el entorno, como fue el paso rápido por la estación de Vilches de la destronada reina Isabel II.

Desde 1878 la vida militar de Miguel Ruiz Prieto sigue, pero ya con menos batallas a las espaldas. En este año se casa Alfonso XII por amor con su prima María de las Mercedes, muerta prematuramente al poco tiempo[38]. En 1979, año en que Pablo Iglesias funda el Partido Socialista obrero español, Miguel Ruiz Prieto contrajo matrimonio con la joven María Hernández Quesada, veinticinco años más joven que él. Fueron testigos Balbino Quesada y Juan de Dios Molina, magníficos exponentes de la intelectualidad que brillaba en la Úbeda de finales del XIX. La boda, celebrada en la parroquia de San Pablo de Úbeda, la ofició otro gran intelectual: el prior Galey[39]. La luna de miel fue corta: nuestro protagonista, que estaba destinado en Menorca, tiene destino en Mahón y pasa al año siguiente de nuevo a África. En 1880 se le galardona con la Placa de la Real Orden de San Hermenegildo, siendo destinado poco después, en 1884, a Úbeda, en la Escala de Reserva, donde permanece hasta su retiro definitivo del Ejercito (1889). Desde entonces Ruiz Prieto, viudo prematuro, reside en el domicilio familiar de la calle de San Nicolás. Por entonces Ruiz Prieto es un hombre poco dado a hacerse notar en los círculos socioculturales de Úbeda; pero que no puede pasar desapercibido. Sus paisanos admiran y respetan a este héroe, convertido en un hombre triste y solitario, que se apoya en la familia que tiene en la ciudad, especialmente en su hermana Teresa con la que vive, y en un grupo selecto de amigos. Está jubilado del ejército con el rango de Teniente Coronel, un alto grado militar logrado con gran trabajo.

En adelante Miguel Ruiz Prieto llena sus días volcándose en sus grandes aficiones: la investigación histórica y el coleccionismo de piezas arqueológicas. También pasaría largos ratos conversando con amigos de mentalidad liberal en su mayoría, que pertenecía a clases humildes y se habían hecho a sí mismos. A todos les dolía España en los últimos años del XIX. La enfermedad sorprendió a Ruiz Prieto mientras escribía su *Historia de Úbeda* y ordenaba los fondos del archivo municipal. Trabajó hasta el final y pudo incluir noticias puntuales de la historia que vivía en primera persona hasta 1897, fecha en la que cerró su impresionante crónica. Una enfermedad «larga y penosa» a la que aludía el periodista Manuel Muro[40], le hizo muy duros sus últimos tiempos: lo mató un cáncer de

[38] A. Tarifa Fernández, «Úbeda 1860-1897. Romanticismo y Realismo desde el archivo y la hemeroteca», (en colab. con Mª Antonia Bonachera Vilar), en *Obra colectiva, homenaje a J. Samolka,* Universidad de Granada, 2004, pp. 320 y ss.

[39] Archivo Parroquial de San Pablo, Libro de desposorios nº 10 (1878-91), fl. 46.

[40] El viernes 14 de abril de 1899, cuando todavía sangraban las heridas del desastre colonial del 98, la prensa de Úbeda se hacía eco del fallecimiento de don Miguel Ruiz Prieto. Un ilustre abogado y periodista de la época, Manuel Muro, le dedicó una emotiva columna en el periódico El Ideal Conservador. Este texto ponía de manifiesto vagos detalles de la vida de este historiador ubetense. Un hombre que pasó por la vida intentando pasar desapercibido.

esófago el 12 de abril de 1899. El parte médico lo hizo notar así «tumor mediastino con estrechamiento de esófago».

Miguel Ruiz Prieto no dejó hijo y, por los datos que consultamos, no testó. Sus restos reposan en el Cementerio de San Ginés en una sepultura humilde[41]. Nunca cobró los 100 duros que el ayuntamiento de Úbeda le había asignado por ejercer la tarea de archivero municipal en 1898. El reconocimiento económico fue simbólico. No hubo honras fúnebres oficiales. No hay hoy ninguna biblioteca o archivo que lleve su nombre, ni premio histórico-literario que lo mencione ni ninguna estatua que lo recuerde en la monumental Úbeda. Este gran historiador local, contemporáneo de Alfredo Cazabán, a quien Ruiz Prieto llamaba cariñosamente en un escrito «el estudioso joven D. Alfredo Cazabán», acaso no tuvo habilidades sociales que le hicieran proyectarse para la posteridad. Por eso su obra estuvo mucho tiempo inédita. Alfredo Cazabán sí intentó que los manuscritos de Miguel Ruiz Prieto fueran divulgados y escribió esto en el prospecto propagandístico de la edición primera, la de 1906: «El ilustrado y erudito Teniente Coronel graduado, comandante del armada de Infantería, nuestro pisano D. Miguel Ruiz Prieto...tras muchos días, muchos meses, muchos años..coronó su empeño y lo coronó de modo tan gallardo que asombra hoy considerar la labor de aquel trabajador infatigable, reunida y explanada en tres gruesos volúmenes manuscritos, que contienen unas dos mil páginas en cuarto de diminuta letra del autor»[42]. Es evidente que Cazabán admiró a Ruiz Prieto y comprendió la generosidad que tuvo al dedicarle a sus paisanos los últimos diez años de una vida escribiendo su única obra conocida: la *Historia de Úbeda*[43]. Una de las mejores historias locales de su época, que reeditó recientemente la universidad de Granada.

Este gran libro de historia local es pues un gran ejemplo de lo que puede aportar la historia local al conocimiento de la historia de España, porque, aunque Ruiz Prieto no pasó por al Universidad antes de hacerse historiador, sí fue un gran lector y archivero.[44] Con su obra Ruiz Prieto ayudó a divulgar la historia de su pueblo y su comarca. Su utilidad hoy es indudable: casi todos los historiadores que han seguido investigando en temas de historia de Úbeda han recurrido a este libro como fuente bastante fiable, pues es una historia local, pero no una historia «localista».[45] Y sus escritos son el último testimonio de una parte de la historia de Úbeda definitivamente perdida, que gracias a su ayuda otras han podido reconstruir en parte[46]. Nuestra obligación es la

---

[41] Registro civil de Úbeda, libro de entierros de 1899, fl. 155., y Archivo parroquial de San Nicolás, libro de difuntos nº 25, fl. 269r.

[42] A. Tarifa… Op. cit, pg. XLIII.

[43] Torres Navarrete, «Los cronistas oficiales de Úbeda I. *Ibiut* II (1983), nº 6.página 8 y ss, A. Cazabán, *Apuntes para la historia de Úbeda (1887),* ed, facsímil, Úbeda, 1986.

[44] C. M. Rama, *La historiografía como ciencia histórica.* Barcelona, 1981; Sobre los cambios metodológicos en el XIX, J. Topolski, *Metodología de la Historia,* Madrid, 1982. También J. Pro Ruiz: «Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia», en *Historia a debate,* T. III, Santiago de Compostela, 1992, pp. 63 y ss. No siempre se ha entendido el método de disciplina histórica con criterios similares a los actuales. También nosotros hemos de aceptar el hecho cierto de que pasados unos años todas «nuestras historias», las construidas con los rigurosos métodos presentes, acaso no serán bien valoradas. Y es que, como sucede en todas la ciencias, el cambio en el tiempo es uno de sus elementos fundamentales. Y ese cambio también afecta al método.

[45] Para más datos remitimos a J. Pasquau, *Biografía de Úbeda,* Úbeda, 1989. También en A. Tarifa, «La Semana Santa de Úbeda. La Historia de la Cofradía de nuestro Padre Jesús Nazareno en sus actas Capitulares», en VV.AA: *Archivos y fondos documentales para la historia de la Semana Santa de Andalucía,* Málaga, 2003, pp. 2003; «Los fondos documentales del archivo conventual de la Purísima concepción, Carmelitas Descalzas, de Úbeda», *en actas XIII congreso de Hespérides: Archivos andaluces,* Osuna, 1996, Sevilla, pp. 121-133, y A. Tarifa y A. Linage, «Crónica de un convento de clausura durante la guerra civil. La comunidad de Santa Clara» en *Boletín IEG, nº 153, homenaje a Manuel Caballero Venzalá,* 1997, pp. 43-60. Uno de los episodios negros del año 36 fueron las hogueras que se hicieron en la Plaza de Santa María por grupos incontrolados de republicanos. En ellas se quemaron muchos documentos. Fue una gran catástrofe para el patrimonio documental de Úbeda.

[46] A. Tarifa, «Miguel Ruiz Prieto: un historiador ubetense del siglo XIX para el siglo XXI», *Boletín del IEG,* nº CLXXII, Jaén, 1999, pp. 23-60. En este trabajo realizamos una inicial aproximación a valor historiográfico que hoy tiene la obra de Ruiz Prieto.

de agradecer su trabajo y divulgarlo[47]. Solo así se evitará que aumente la peligrosa tendencia que lleva a confundir el oficio de historiar con rigor con el de inventar relatos novelados que pretenden hacerse pasar por verídicos[48]. Hay pues que recuperar todo lo bueno que tienen las viejas historias bien documentadas que escribieron nuestros antepasados, como lo es la de Miguel Ruiz Prieto. En un pasaje de ella nos detendremos luego, para comentar lo que cuenta sobre Bailén y la Guerra de la Independencia[49]. Ahora retomamos el contexto de la «gran historia» de España, para acercarnos desde ella a los avatares que sucedieron en Jaén durante la guerra de la Independencia.

Entre el Antiguo y el Nuevo Régimen. La antesala de la guerra de la Independencia en el Reino de Jaén

Dejó escrito Domínguez Ortiz en su obra *Sociedad y Estado en el siglo XVIII* que «el reinado de Carlos IV se nos aparece como el primer acto de un drama que con violentas oscilaciones se prolongaría durante medio siglo». Era éste el epílogo de la Edad moderna y el comienzo de la contemporánea. En estos años el desprestigio de la corona era ya un hecho incuestionable y ello fue tanto por culpa de rey mismo, que también, sino de la profunda antipatía que el pueblo sentía hacia la reina María Luisa, y del favorito de las monarcas, Manuel Godoy. Eso explica en parte que un personaje tan oscuro como el Príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, encontrara tantos apoyos en este momento crucial de la Historia, porque se vio en él la oportunidad de acabar con Godoy, un hombre tan odiado que se suelen olvidar con frecuencia las labores de gobierno positivas en las que intervino, caso de la abolición de ciertos impuestos, preludio de la igualdad fiscal, o la rehabilitación de los expósitos, con las reales células de 20 de enero de 1794 y 11 de diciembre de 1796, por citar algunos ejemplos. Otro de los motivos del odio del pueblo hacia sus gobernantes fueron las terribles hambrunas que España padeció en los finales del siglo XVIII y principio del XIX, en coincidencia con años de guerras exteriores. Paro, hambre, enfermedad, levas para la guerra, fiscalidad abusiva pusieron en el punto de mira a Godoy y a la reina María Luisa, acelerando la revolución social. Así viviremos un final de siglo tormentoso, con brotes de conservadurismo dentro de los tradicionales estamentos privilegiados, la nobleza y el clero, mientras que el pueblo llano ponía sus esperanzas en Fernando VII. Este panorama fue bien aprovechado por Napoleón para convertir a España en una pieza más de su rompecabezas imperial.

Bien sabido es que los pactos que hizo Godoy con la Francia revolucionada nos llevó primero a una desastrosa guerra contra Gran Bretaña, una de cuyas peores consecuencias fue el bloqueo de nuestras costas, y que ello fue la puntilla a la ya debilitada influencia en América[50]. El cambio de alianzas a finales del XVIII, pactando con Napoleón, fue el final de la carrera política de Godoy. Una nueva trampa de Francia que sabía de la intrigas de familia en España y pensaba sacar partido de ellas. Tras el motín de Aranjuez, considerado por Domínguez Ortiz como «el primer pronunciamiento victorioso de nuestra Historia», se produjo en cadena la caída de Godoy, la abdicación de Carlos IV y la efímera coronación de Fernando VII. Todos fueron marionetas manejadas por Napoleón para logras sus fines[51]. En

[47] L. Peiré. *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración,* Zaragoza, 1995.

[48] J.A. Lacomba, «Sobre historia local y microhistoria. Una aproximación», *Isla de Arriarán,* VI, 1995. J. Fontana, *La historia después del fin de la historia.* Barcelona. 1992.

[49] Ruiz Prieto, *Historia de Úbeda, op. cit,*. Estudio preliminar de Adela Tarifa Fernández. Granada, 1999, páginas XI-XXVII.

[50] De gran interés para el reinado de Carlos IV es la reciente obra de J.M. Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia,* Madrid, 2006. Recoge los sucesos acaecidos desde el motín de Aranjuez hasta la vuelta de Fernando VII .Libro bien documentado, que incide en le fuerza que tuvo el pueblo ante la invasión francesa y destaca el sentimiento católico y monárquico como motor de la resistencia.

[51] VV.AA. «Cinco horas que cambiaron España. Dos de Mayo», El Mundo, Martes 29 de abril de 2008, pp. 2-22. VV.AA. *Conflictos y sociedad civil en la España napoleónica,* actas de las quintas jornadas sobre la batalla de Bailén, Univ. de Jaén, 2004.

ellos España sólo era una pieza del gigantesco puzler de su Imperio. Lo que nunca imaginó este gigante es que el pueblo español, desarmado y hambriento, en un lugar cercano a Úbeda, en Bailén, derrotaría al coloso y que aquello era en principio de su final[52].

¿Pero cómo era el Reino de Jaén a finales del XVII y comienzos del siglo XIX? ¿Qué sucedía entonces en Úbeda? Acaso en el reino de Jaén fue donde la pobreza y el hambre que sufrían gran parte de las tierras de Andalucía se notaron con mayor fuerza en este final de siglo, como puso de relieve en su excelente historia el Dean Mazas, contrastando con el esplendor de épocas antiguas. Pero este fenómeno no se dio por igual en todas las zonas del llamado «Santo Reino». Resulta muy indicativo al respecto que el descenso de población en el reino de Jaén fue muy desigual según comarcas. Con la excepción de lo sucedido en las nuevas poblaciones de Sierra Morena, pues son un caso especial, lo que aconteció en Jaén a comienzos del XIX desde el punto de vista demográfico fue más bien una concentración del habitat urbano en detrimento de aldeas y pueblos pequeños. La expansión del olivar era ya muy notable a finales del XVIII en algunas ciudades; aunque todavía las tierras de «pan llevar» eran predominantes en los grandes pueblos y ciudades de Jaén.

En lo relativo a la ciudad de Úbeda, la obra de Ruiz Prieto dedica bastantes páginas a esta época. De sus informaciones deducimos que su paisaje urbano seguía recordando al pasado y el rural se caracterizaba por el predominio de las tierras dedicadas a cultivos de cereales y leguminosas. Estas cosechas se arruinaban año tras año por la sequía, la langosta y los rebaños incontrolados de conventos, sin olvidar la dura fiscalidad que pesaba sobre todas las producciones. El olivar estaba creciendo pero no era nada comparable al monocultivo actual. Siguiendo lo que nos relata este historiador, vemos los principales problemas que tuvo esta ciudad durante los años del reinado de Carlos IV, marcados por las reiteradas calamidades naturales, escasez de pastos en las dehesas y otras adversidades que convirtieron en catastrófico a 1793, amenaza Úbeda de epidemias de peste y asolada por la guerra exterior: «En 1793 no hubo cosecha, y se trató de acudir a la superioridad, para que no se apremiara a los labradores y se les concediesen moratorias. Se dijo en una junta que el vecindario de Úbeda se componía de 11.992 personas, y que el trigo se había vendido a más de 60 reales la fanega»[53].

La lucha contra la Francia de la Convención se plantea como una ofensiva para defender a la patria del anticlericalismo revolucionario[54]. La regulación de los jornales para los hombres y las mujeres aceituneros, y las mejoras introducidas para combatir las epidemias como el empleo de plantas olorosas o el saneamiento de las aguas no frenan la crisis económica de la ciudad de Úbeda hacia 1803. Las autoridades municipales fortalecen el cordón sanitario e incrementan las rogativas a la Virgen de Guadalupe pero el hambre y la escasez no frenan las muertes ni las subidas del precio del cereal. Ruiz Prieto recurre aquí al testimonio oral de sus abuelos que le relataron siendo niño, aquellos horrores «La gente hambrienta devoraba hasta las cosas más inmundas y morían muchos en medio de la más tremenda desesperación»[55]. Es claro que no está satisfecho con el derrotero que van tomando algunos acontecimientos en Úbeda cuando agoniza el siglo XVIII, aunque su relato, basado ya casi exclusivamente en lo que cuentan las actas capitulares, todavía tienen atisbos de esperanza. Veamos cuales fueron sus últimos renglones para cerrar la puerta del XVIII y abrir la del XIX: «Se creó por suscripción un fondo para socorro de la cuadrilla de escopeteros, mandada formar para perseguir contrabandistas y malhechores. Se dio

---

[52] *Discurso leído ante S.M. el rey por el EXcmo. Ser. D. Julián Suaréz Inclán, ..en conmemoración del primer centenario de la Guerra de la independencia,* fondos clásicos de la RAH, Madrid, 1909

[53] M. Ruiz Prieto Op, cit., pg. 207

[54] *D. González Cruz, De la Revolución francesa a la guerra de la independencia. Huelva a finales de la Edad Moderna,* Huelva, 2002. Resultan lectura obligada, de los *Episodios Nacionales* de Galdós, *Trafalgar y La Corte de Carlos IV,* Ed. De *El Mundo,* Barcelona, 2008.

[55] Ibidem, pg. 208.

gran impulso a la repoblación y conservación del arbolado y replantación del paseo público, consignando para ello, a petición del síndico D. Martín de Zayas, en agosto de 1799, 6.000 reales del sobrante de Propios»[56]. Lo peor estaba por venir, en el tiempo que a él le tocó vivir. Así abrimos la puerta del siglo XIX en Úbeda. Así abrimos al puerta a los ecos de Bailén en la Loma de Úbeda, según lo que nos contó Miguel Ruiz Prieto.

Ecos de Bailén: la guerra de la Independencia en la Historia de Úbeda de Ruiz Prieto

Comenzamos este apartado incidiendo en el hecho de que Ruiz Prieto era militar de oficio: para él la guerra era algo cotidiano, inevitable. En su obra se aprecia sin embargo que no la ensalza la violencia, ni le gustan las guerras, pero son un mal menos ante hechos negativos, caso de la invasión napoleónica. Este escritor, al abordar el pasado, acepta bien la llegada a España de pueblos extranjeros, pero no disimula su antipatía hacia los franceses. Este detalle debe tenerse en cuenta para comentar su relato sobre la guerra de la Independencia. Otro dato a considerar en que a nuestro historiador no le gusta relatar la historia del «tiempo presente»: nunca hubiera sido buen periodista porque le gustaba ver la historia desde la distancia del tiempo. Parece que no quería «construir historias» en las que él tuviera rango de protagonista[57]. Pero, como cualquier ser humano, al escribir deja al descubierto algunas de sus fobias: tolera a los musulmanes pero no quiere a la raza judía. En la narración afluyen su ideología política liberal, su espíritu cristiano, su escaso apego a lo material y esa fina ironía propia de su carácter, que tanto le identifica con los ilustrados del XVIII. Detesta la incultura y no siente simpatía hacia determinadas manifestaciones de religiosidad popular, tan cargadas de superchería y fanatismo. Pero los que más nos interesa señalar ahora es su animadversión hacia los franceses. Pese a ello Ruiz Prieto, para relatar lo que pasó en Úbeda en los días anteriores y posteriores a Bailén, se documentó bien, aunque recurrió como fuente de información casi exclusiva a las actas capitulares del ayuntamiento[58].

En Úbeda, como en tantos lugares de España, se levantó la población contra la ocupación francesa y hubo participación en la batalla de Bailén[59], acto que se celebró en Úbeda con fiestas religiosas a los patronos locales, «en desagravio a las profanaciones a templos e imágenes y otros excesos cometidos por los franceses»[60]. Pero estas manifestaciones de religiosidad popular no fueron muy escuchadas en el cielo pues la ciudad fue saqueada en numerosas ocasiones por las tropas francesas, quienes cometieron múltiples tropelías y causaron daños irreparables en los archivos locales y el patrimonio artístico. Ruiz Prieto escribió bastantes páginas patrióticas en denunciado la invasión francesa, exclamando con tono épico «llegará día en que se levanten los pueblos, hambrientos de justicia y moralidad, y rompan violentos los obstáculos que cierran el secreto de la verdad y la razón».[61] El miedo a los franceses deja a Úbeda casi desierta por algún tiempo. Así, cuando éstos la ocupan, se encuentran una ciudad casi fantasma, por lo que recurren a amenazar a todos los vecinos huidos

[56] Ibidem, pg. 208.

[57] Ruiz Prieto elige el silencio para los días en que él tuvo conciencia de quien era y hacia dónde le llevaba el destino, y acaba con urgencia su «historia civil» del siglo XIX. Respetaba la libertad de pensamiento, y respetaba a otros historiadores que existían en Úbeda por entonces, a los que no trataba de emular, caso del escolapio Padre Vinagre, del polígrafo Muñoz Garnica, y el Prior Galey, el sacerdote ofició su boda; en Ruiz Prieto, M. *Historia de Úbeda,* Estudio preliminar de Adela Tarifa Fernández, Op. cit., pp. LXXII y ss.

[58] Por sus escritos sabemos de los durísimos años de comienzos del XIX, cuando llegaron a Úbeda noticias de la forzada renuncia al trono de Carlos IV a favor de su hijo Fernando, y de la cesión que éste hace de la Corona española a Napoleón Bonaparte. Estos sucesos abren la puerta a una de las etapas más dramáticas que vive la ciudad en el siglo XIX, durante la guerra de la Independencia.

[59] Entre la numerosas revistas publicadas en el centenario de la batalla, citamos *Bailén informativo,* segunda etapa, enero-octubre de 2008, ed. Asociación cultural Caecilia, Jaén, 2008.

[60] M. Ruiz Prieto, Op. cit., pp. 212-215.

[61] Ibidem, pg. 209.

Portada de *Bailén Informativo*, dedicada a la Batalla de Bailén

con la confiscación de sus bienes si no regresan inmediatamente. Hubo ubetenses afrancesados, que sirvieron a la causa napoleónica muy eficazmente, sobre todo en la tarea de la recaudación de impuestos. Esta dura presión fiscal, unida a la escasez de cereales durante algunos años de gran esterilidad, llevaron al pueblo a una situación límite hacia 1812, año en que se vendía la fanega de trigo a 135 reales. La miseria era entonces terrible. En septiembre de este año 1812 huyeron los franceses de Úbeda, dejando la ciudad en un lamentable estado. Además de esto Úbeda pasa por una etapa muy dramática a causa de una coyuntura climática adversa, y de la división de la sociedad local en dos bandos, contrario y favorable a José I Bonaparte, afirmando Ruiz Prieto que la ocupación francesa había costado a Úbeda «una pérdida de más de veinte millones».

Son muchos los detalles interesantes que ésta y otras crónicas locales nos aportan para conocer mejor lo que sucedió en Bailén aquellos días históricos de julio de 1808. De sus aspectos generales se sabe bastante. Nadie duda de la relevancia de la batalla de Bailén para la historia de España y de Europa[62], aunque existe menos coincidencia en la comunidad científica a la hora de valorar el papel que jugaron en ella algunos de sus protagonistas, caso del veterano general Castaños, quien al mando de ejército español, organizó a unos veinticinco mil hombres, la mayoría soldados profesionales, dos mil caballos y sesenta cañones, en cuatro divisiones. Muchos de estos soldados eran extranjeros, caso de los seis regimientos suizos, fruto de un tratado firmado cuatro años antes entre los dos países. Por ello en Bailén combatieron soldados suizos los dos bandos. La actitud dubitativa Castaños puso en riesgo el éxito de esta batalla. También hay división de opiniones sobre la importancia que tuvo la «guerrilla», forma de combatir del pueblo, organizando ataques imprevistos contra los franceses. En el ejército español había también bastantes mozos voluntarios, a los que se entrenó en pocos días, y muchos garrochistas, hombres procedentes de las ganaderías de reses de Cádiz y Jerez, que eran expertos caballistas muy ejercitados en la lidia taurina. Al alistarse para la guerra sustituyeron la puya de sus garrochas por lanzas y fueron magníficos luchadores contra la famosa caballería francesa. El general francés Dupont, que mandaba cuatro divisiones no lo tuvo nada fácil, aunque su ejército era el más moderno y poderoso de Europa[63].

Cuando Castaño elaboró un plan de ataque llamado el plan de Porcuna, el 11 de julio, y mueve dos divisiones hacia Andujar, el 14, fiesta

---

[62] Una interesante visión para los primeros tiempos de la guerra en R. Fraser, *La maldita guerra de España* (su traducción literal sería *Morir en España. La resistencia popular en la guerra Peninsular»*, Ed. Crítica, 2006. Está basado en testimonios y vivencias populares. Sobre la historia oral, M. Ramos Palomo, «Historia y memoria. La reconstrucción del pasado a partir de las fuentes orales, *actas del XVI coloquio de Hespérides,* Úbeda, 1996, pp.13-29 (coord.. A. Tarifa)

[63] Con carácter general, A. Bernald, «La crisis del antiguo Régimen», en *Historia de Andalucía,* Ed, Planeta, dirigida por A. Domínguez Ortiz,,Barcelona, 1984, pp. 13-65

Pintura sobre la Batalla de Bailén conservada en la Diputación Provincial de Jaén

nacional francesa, tenía el apoyo de quien fue gran artífice del éxito en Bailén en general inglés Reding. Su habilidad y astucia en el ataque confundió a los franceses pues les hizo creer que la prioridad y objetivo de los españoles no era Bailén sino frenar el avance francés en Despeñaperros. Por eso dejaron Bailén desguarnecido.

En estos primeros días de lucha se produjo una importante baja en el ejército francés, falleciendo el general francés Gobert a causa de las heridas. Está sepultado en la iglesia de la inmaculada (advocación de todas las parroquia de Sierra Morena) de Guarromán. Cuando Dupont se dio cuenta del error de dejar abandonada Bailén, ordenó a Vedel que regrese a Bailén y se una a Dufour para mantener a raya los ataques procedentes de Mengíbar, pero Dufour ya se había ido hacia Despeñaperros. Finalmente ambos se instalaron el La Carolina y Santa Elena[64]. En Bailén no quedan tropas francesas. Las primeras refriegas fuertes cercanas a Bailen fueron el día 19 de julio a las 3 de la madrugada. Tres intensos ataques durante todo el día, los franceses no logran vencer la resistencia[65]. El pueblo de Bailén fue de gran apoyo: hombres, mujeres, niños, se echan a la calle para ayudar al ejército. Alguna de las heroínas de entonces fue famosa, caso de María Bellido, quien en plena batalla se acercó a dar agua a Reding. El calor fue otro aliado pues se cebó en el ejército francés, vestidos con ropas inadecuadas para superar los 45 grados. Finalmente, el día 20, los franceses deciden rendirse y se firman las capitulaciones de Bailén en una humilde venta, cercana a Villanueva de la Reina. Como resultado, los franceses tuvieron dos mil doscientos muertos y cuatrocientos heridos. Los españoles doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos treinta y cinco heridos. Pero éste no era el final sino el principio de una larga lucha y resistencia[66].

Una de las ciudades que más sufrió los «Ecos de Bailén» fue Úbeda. Relata Ruiz Prieto en las doce páginas que dedica a la época de ocupación francesa, las infinitas penalidades sufridas[67]. Especialmente desde 1811 creció el acoso de las tropas españolas y de la guerrilla en muchos lugares de Jaén, como las Sierra de Cazarla y Segura, y en Úbeda. Hacia el 25 de abril de 1811 los franceses decidieron retirarse de la plaza de Úbeda, que por su localización geográfica estaba muy expuesta a las frecuentes de la guerrilla. Con las fuerzas retiradas de Úbeda, se decidió reforzar la plaza de Jaén. Eso hizo que se concentraran en Úbeda algunas fuerzas españolas, entre ellas unidades de los regimientos de Alcázar, Burgos, Tiradores de Cádiz, Caballería de Voluntarios de Madrid y Sevilla y algunas partidas de guerrilleros proce-

[64] J. Haro Malpesa, *Bailén 1808, diarios y memorias,* Madrid, 1980

[65] Remitimos a A. López Serrano y F. Páez-Camino (coordinadores), *La guerra de la Independencia. 1808- 1814.* Historia y enseñanza, Madrid, 2008.

[66] *La batalla de Bailén. Bicentenario 1800-2008.* Material didáctico de la Ruta de los Castillos y las Batallas, diputación provincial, 2008. aporta detalles curiosos la revista que recrea este evento «Bailén Informativo.1808, Idea y dirección de Agustín Camacho, con importantes colaboraciones (J. María Suárez Gallego, a. Cárdenas, J.M. García Verdejo, M rubio Payer y Arnaldo Elorza.

[67] Op, cit, pp. 200-220

dentes de Mengíbar, Jaén, Andújar, Villargordo y Linares[68]. Al conocer esta nueva situación, las autoridades militares de Jaén formaron una columna con las fuerzas de la guarnición, con 2.000 infantes y 300 caballos. Llegando a Úbeda el 15 de mayo de 1811. Pero eran de escasa eficacia operativa. La tropa francesa, confiando en ser superior, se adentró en Úbeda y hubo violentos combates en la ciudad, apoyados los españoles por el pueblo llano. Finalmente los franceses tuvieron que replegarse hacia Jaén, arrastrando a muchos heridos. Hubo deserciones y la entrada en Jaén resultó humillante, reforzando la moral de los españoles «fernadistas». Ello provocó mayor represión en la capital, concentrados todos los rehenes en el Castillo de Santa Catalina, donde se levantó un patíbulo en la plaza de armas para amenazarles con la muerte si no colaboraban con los franceses. En un artículo de M. López Pérez e I. Lara se recogen algunas cartas cruzadas entre rehenes que hablan por sí solas: uno de estos prisioneros, Felipe Martínez de Pinillos, y un banquero de Jaén acuerdan un crédito para salvar la del preso: «no daríamos al Señor, cuando a eso del medio día vimos ir entrando un grupo de franceses enteramente derrotados y con paso tan apresurado, en medio del cansancio que poco después manifestaron como si todavía los vinieran siguiendo…Venían unos descalzos, otros sin morrión, aquellos sin capote, cual sin armas, y cual con medio fusil. Todos cabizbajos, tristes, pensativos, y macilentos. Muchos se arrojaban en tierra sin poder dar más paso y así permanecieron largo rato. Por más que con sus acostumbradas mentiras procuraron ocultar o desfigurar la derrota que acababan de sufrir en Úbeda. Estos indicios y la noticia que de allí vinieron dejaron cerciorado al pueblo de la verdad. Los más ingenuos de sus mismos soldados no dejaron de manifestarlo hablando con asombro de esta acción y asegurando que según el fuego que sobre ellos había llovido, se había trasladado a aquella ciudad todo el infierno...»[69].

[68] F. Valenzuela, *La sociedad de Jaén ante la invasión napoleónica (1808),* IEG, Jaén, 2000.

[69] M López e I. Lara, *Entre la guerra y la paz. Jaén (1808-1814),* Granada, 1993

También hubo duros castigos a los ubetenses, la ciudad fue saqueada[70] y se le condeno a pagar una contribución extraordinaria de 1.000.000 de reales y 6.000 arrobas de vino. Para garantizar su pago, se trajeron presos a Jaén a destacados ubetenses, caso del al marqués de la Rambla. a D. Alfonso Zambrana, D. Lorenzo Alvarado, D. Mateo Alvarado, D. Antonio Díaz, D. Vicente Jurado, D. Francisco Rus Bravo. D. Alejo Raez, D. Andrés Tamayo y Coba, D. Pedro Merino, D. Fernando Carbonell y D. Juan José Alvarado[71].

Ruiz Prieto cierra esta triste página señalando que la ciudad fue evacuada al fin por los franceses el 18 de septiembre de 1812, y que en 1813 «el 24 de octubre se colocó con solemnidad la lápida de la constitución, en el frente de las Casas consistoriales, en el Mercado. Allí había sido promulgada en 1812»[72]. Luego escribiría con amargura la traición del rey Fernando VII a sus ideas liberales, que le acompañaron hasta la tumba.

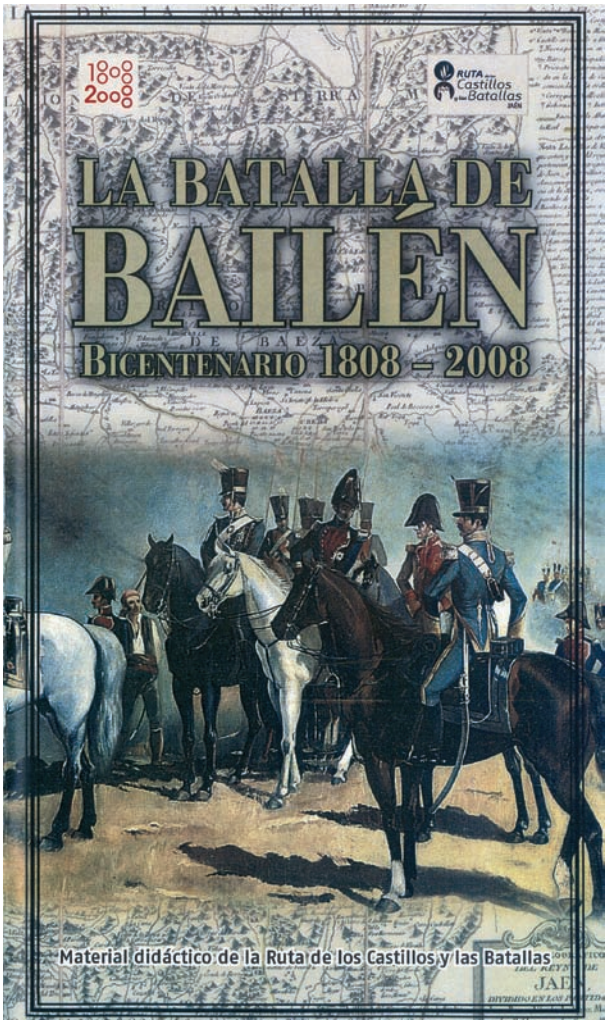
Aunque la entrada de las tropas de Fernando VII, el 21 de septiembre de 1812, fue en hecho jubiloso, Ruiz Prieto dejó escrito que poco mejoraron las cosas para la mayoría de los ubetenses: volvieron a repetirse hechos de revanchismo y violencia contra los afrancesados y a realizarse presiones para recabar impuestos dirigidos al ejercito del «Deseado», lo que provocó brotes de violencia social, duramente reprimida. En este ambiente se juró en Úbeda la Constitución de 1812, colocándose al año siguiente una lápida conmemorativa de este acontecimiento en el Mercado, frente al Ayuntamiento. Lapida que pronto fue arrancada y «ahogada» en la fuente de la plaza de Toledo, cuando Fernando VII se proclama monarca absolutismo y se niega a acatar la Constitución liberal que antes había jurado. Y que nuevamente se volvió a colocar, tras el pronunciamiento de Riego en 1820. Todo un símbolo de lo que fue este siglo para la vida política nacional y local. Todos esta lo cuenta

[70] M. Muro, «los franceses rechazados en Úbeda», *Don Lope de Sosa,* Jaén, 1918, p. 56.

[71] Pasquau Guerrero, Op. cit, p. 280.

[72] Op. cit, p. 221.

nuestro historiador con lenguaje sencillo, sin querer manifestar su punto de vista, aunque éste aflora, como aflora su profesión de militar pues dedica al tema de la guerra un espacio mucho mayor que a cualquier otro asunto. Su posicionamiento liberal es claro. Veamos, como botón de muestra, el tono irónico y despreciativo con el que se refiere al absolutista Fernando VII: « El «muy amado rey», agradecido al heroico pueblo que le conservó el trono abandonado por él, premió tantos sacrificios apenas pisó la tierra española borrando de una plumada el periodo de lucha…se quitó la lápida de la Constitución, que fue llevada en unas parihuelas al pilar de la fuente de la plaza de Toledo, para que se ahogara su memoria… Úbeda ya no se acordaba del regocijo que causó la constitución de 1812, Pedía las cadenas a voces y a voces también injuriaba la libertad que se le había concedido.»[73] Un retrato nada favorable al rey y muy crítico con sus paisanos. No se mordía la lengua Don Miguel. Pero esa ya es otra historia.



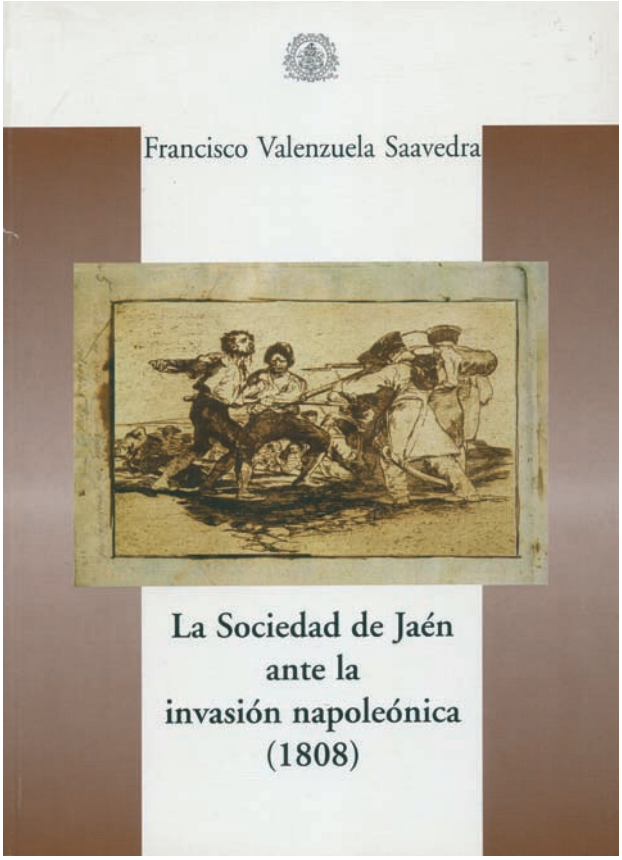
Portada de un Cuaderno de Material didáctico publicado en Jaén sobre la Batalla de Bailén

Concluimos ya esta somera valoración y aproximación a la guerra de la independencia, señalando otros méritos que encontramos en la obra de Ruiz Prieto para documentar el pasado. Es el libro de un español patriota, pero que no elude criticar los vicios de su pueblo. Acaso porque viajó mucho, por su carrera militar, y así tuvo un horizonte referencial más universal para escribir. No es pues su crónica una historia meramente localista. La obra ofrece además una visión unitaria y conciliadora de la historia de España[74]. Por ello, sin que pueda afirmarse de este libro que es plenamente ortodoxo, su interés hasta hoy perdura y constituye, seguramente la mejor historia local de su tiempo referida a Úbeda, que va más allá de otras escritas por los eruditos locales, por su rigor científico, por su amplitud de horizonte histórico y por los ideales que transmite[75]. En ella se recogen los valores que destacó el profesor Lacomba cuando dejó escrito que la historia local constituye hoy un fundamento imprescindible para construir la Historia general, y que «la Historia local viene a desempeñar otras tareas de un importante alcance metodológico: por una parte, puede ser una especie de campo de experimentación de unas técnicas de análisis

[73] Ibidem, pg. 222.

[74] Magnífica es la obra de R. García Cárcel, *El sueño de una nación indomable,* Madrid, 2007, actualizada en documentación historiográfica y valiosa para conocer los excesivos mitos que esta contienda ha generado.

[75] La obra tiene más valor si tenemos en cuenta que el autor la escribió en un tiempo de intenso enfrentamiento y tensión política y social, con el desastre del 98 a las puertas. Es de gran mérito por ello que no se sirviera de la escritura para incitar al rencor ni para fomentar la desesperanza, algo muy frecuente en el espíritu romántico y nacionalista de la época.



Porta de una publicación del I.E.G. sobre la Guerra de la Independencia

histórico, y, por otra, es un medio para contrastar, a escala reducida y asequible, la estructura interna y los matices diferenciales de fenómenos más generales» porque la Historia local, «que posee un pleno sentido, no puede «detenerse» en lo que podríamos calificar como simple «visión de campanario»; no puede quedar «encerrada» en sí misma, sino que debe insertarse en los procesos históricos más amplios en cuyo contexto se desenvuelve. Y ello para su adecuado entendimiento y explicación, ya que las cuestiones analizadas «localmente» adquieren su verdadera dimensión y significado histórico al situarlas en el marco más general en el que se despliegan. Se evita de esta forma el reductor «localismo», que puede conducir, al descontextualizar el análisis, a erróneas valoraciones, resultado de la cortedad del enfoque». Sus planteamientos, que comparto, «ha puesto en suspenso algunos de los tópicos historiográficos» existentes y ha abierto nuevas perspectivas históricas. Por otra parte, se ha precisado que esta Historia local «moderna» debe proponerse «relacionar los individuos y los grupos con las estructuras y los procesos sociales», manteniéndose siempre dentro del «marco histórico general», para no convertirse «en una suma de historias particulares»[76]. Con estas claras y contundentes opiniones, de un experto en el tema, cerramos nuestro retrato particular sobre «Ecos de Bailén» contemplados tras la mirada de un escritor ubetense del siglo XIX: Don Miguel Ruiz Prieto.

[76] J. A. Lacomba, «Sobre historia local y microhistoria. Una aproximación», *Isla de Arriarán,* VI, 1995. También en Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía* española. Vol. III,. Madrid. CSIC. 1950.